por medio de tubos en la regiones epigástrica, occipital ó laríngea.

La imaginación del sonámbulo se presta dócilmente á las representaciones que le finge el operador; hecho denominado *sugestión*. Así es como Puel hacía creer á un dormido que era imposible moviera el brazo, Hansen á otro, que no podía separar los dientes ni abrir la boca, Richer á un amigo suyo, que tenía delante un león y que luego emprendía un viaje aerostático, y otros mil casos que sería prolijo citar. También se les hace creer que beben líquidos de agradable sabor, mientras el brebaje que toman es nauseabundo y repugnante, ó bien se provocan alucinaciones parecidas con solo nombrar manjares, ordenarles que los coman y ejecutar á su vista la masticación.

Por último, la fantasía y memoria están exaltadas en grado máximo. Recuerdos que se creían perdidos, se despiertan con detalles que sorprenden: hay quien recita versos que leyó y no aprendió mucho tiempo atrás, ó habla idiomas que tenía olvidados, ó calcula con perspicacia notable sucesos futuros.

Al interpretar *naturalmente* estos fenómemos, podría resumir el criterio que tengo diciendo que los individuos sometidos á esta clase de sonambulismo presentan como aletargado el poder consciente, suspendida la actividad libre, y en ellos actúan con mayor energía las funciones que vistas en conjunto me atrevería á llamar automáticas: acaso, porque debilitado el freno de las potencias racionales, campean las demás sin trabas y á merced de los estímulos que impresionan su facultad sensitiva. Para convencerse de ello, que reflexione conmigo el lector breves instantes.

El sujeto que se presta voluntariamente á las maniobras descritas, se duerme pensando que va á servir de instrumento para ciertas experimentaciones de que tiene ya idea, dispuesto á obedecer al operador en cuanto le ordene, á fin de que se realicen unos fenómenos que le admiran, ó por lo menos le chocan, y en una palabra, identificado en más ó menos grado con las ideas y deseos que manifiesta el que ha de relacionarse con él.

Ya existe aquí, pues, la primera condición que influye de un modo notable en los hechos posteriores, como lo prueba el examen de otros análogos demostrados por la fisiología y la patología.

Y si nó ¿por qué los pacientes anestesiados que confiesan al despertar que nada sintieron durante la operación quirúrgica practicada en sus miembros, gimen, gritan, procuran separar el instrumento del cirujano y retirar la región que debe operarse? Para mí, solamente porque se durmieron con ideas de lo que en sus brazos ó piernas iba á suceder y de los dolores que podrían sufrir. Pruébalo así, la falta de acuerdo que se nota entre los movimientos de huida y defensa que hacen ó los ayes que exhalan, y los cortes, cauterizaciones ó traumatismos que el médico va practicando. Quien haya presenciado muchas anestesias clorofórmicas, habrá podido ver que la escena descrita sólo acontece mientras duran los dos primeros períodos del sueño anestésico y antes de llegar al *quirúrgico;* esto es, que los enfermos se quejan cuando no ha empezado la maniobra dolorosa, y que callan mientras se les hieren las carnes.

Ningún caso presenta semejanza tan completa como

el que se observa en la cloroformización obstétrica (1). La anestesiada por mí, experimentaba sin duda un estímulo en cada contracción uterina, que no solamente la obligaba á expresar el dolor con la fisonomía, sinó que la hacía moverse hasta que aquélla cesaba. Obedecía mis órdenes de que mudara de postura, permaneciera quieta ó hiciese fuerza en el período expulsivo, quitara la mano de tal ó cual sitio, dejase las cubiertas de la cama ó aspirase la compresa empapada en cloroformo. Todo esto hízome pensar la primera vez, que el *período obstétrico* de la anestesia no insensibilizaba respecto al dolor, ni suspendía el uso de las facultades intelectuales de la parida: y sin embargo, al despertar confesó la mujer, como en otras ocasiones iguales las demás, que nada sintió, y que no tuvo conciencia de sus actos un solo minuto de las seis horas y media que duró el influjo anestésico.

Fenómenos del mismo género presentan algunas personas en el sueño fisiológico: ya es la que responde á preguntas que la dirige una voz conocida, ya la que despierta á la hora justa que se propuso al acostarse, ya la madre cuyo sueño cesa con el más leve gemido ó movimiento de su hijo mientras permanece dormida en medio de ruidos que no tengan relación con él, etc. Análogos ejemplos ofrecen los sonámbulos espontáneos.

El instinto de imitación que el hombre posee, da cuenta de cómo repiten los dormidos ciertos actos que

(1) Trátase de partos fisiológicos.

ejecuta el experimentador. De la existencia de dicho instinto puede obtener pruebas el que observa la infancia, y hasta el impulso natural que lo lleva á reproducir los movimientos que ve hacer á otros. Y como está probado que el instinto adquiere más poder á medida que va faltando actividad intelectiva, y esto sucede durante los sueños sonambúlicos, claro es que pueden explicarse muy bien por él los hechos á que me refiero.

En cuanto á los fenómenos que manifiestan el influjo de los caprichos del experimentador en la imaginación del sonámbulo, se comprenden al recordar que las impresiones exteriores y las imágenes sensibles son el punto de partida de sus actos sensitivos. Tarea muy fácil sería, pues, la de quien buscara en su experiencia ejemplos análogos en el sueño fisiológico y en el del sonambulismo espontáneo: por lo cual no copio los casos descritos por Lemoin, Steward, Maury, Richer, Hervey, Heidenhain, Charcot y otros. ¿Qué raro ha de ser que partiendo la imaginación del sonámbulo de las representaciones que el experimentador hace llegar á él, dirija sus fantasmas en el mismo sentido y sueñe viajes, placeres, apetitos, monstruos, en una palabra, *sienta* en harmonía con el estímulo provocado, pero fantaseando con toda la actividad á que puede llegar dicha potencia exaltada?

Lógico es pensar así, cuando hasta en la misma vigilia se provocan alucinaciones parecidas. Dígase á un medroso que pasea ó viaja de noche, que detrás de una esquina ó árbol se destaca un bulto, que no existe, y al instante verá uno ó varios criminales que le esperan puñal en mano: indique alguno entre varias

personas reunidas, que nota olor á humo, y difícil será que después de fijar todas la atención más cuidadosa para distinguir el olor supuesto, no convengan algunas en ello y no asegure alguien de buena fe hasta la clase de madera ó tejido quemado que lo produce. Y eso, que para resistir á esta *sugestión* tiene el que se halla despierto, su juicio, su conciencia expedita y la realidad misma; medios de comprobación de que no goza el sonámbulo que, como dije, vive casi exclusivamente en el mundo de su fantasía excitada y sin freno moderador.

Ahora bien: una vez provocada la alucinación, las sensaciones, movimientos y actos del alucinado corresponden naturalmente á ella, por más complejos que resulten, vistos en conjunto.

El aumento de las acciones reflejas que la fisiología experimental ha demostrado que se produce cuando se quitan ó paralizan los llamados *centros moderadores*, suministraría quizá cierta semejanza ó analogía con la repetición de palabras pronunciadas sobre el epigastrio, laringe ú occipucio del sonámbulo; puesto que durante los sueños provocados, se observan signos de hallarse muy debilitadas las funciones propias de tales centros.

La vista llamada *retrospectiva*, explícase naturalmente, no olvidando la sorprendente actividad que logra la memoria de ciertos sonámbulos. Hechos conocidos de antemano por el sujeto, y cuyo recuerdo se borra por completo en su estado normal, reaparecen exactos y clarísimos en su memoria, como ya consigné: mas estos casos también hallan sus congéneres durante el sueño fisiológico. Para no citar más que un

ejemplo, copiaré el que narra A. Maury. Dice así (1):

«Una noche soñé que, todavía niño, me hallaba jugando en Trilport, donde ví un sujeto vestido de uniforme; al que pregunté su nombre. Me contestó llamarse C., y me dijo era el guarda del puerto: á poco desapareció y fué sustituído por otras personas. Desperté con el nombre C. metido en la cabeza. ¿Era todo pura imaginación, ó había existido en Trilport un guarda llamado C.? Lo ignoraba, y no tenía recuerdo alguno de tal cosa. Pasado tiempo, interrogué á un antiguo criado que me llevaba con frecuencia á Trilport, si recordaba á un individuo cuyo nombre fuera C., y al punto me respondió que era un guarda del puerto de la Marne cuando mi padre construyó su puente. En verdad lo había sabido como el criado, pero el recuerdo se borró, hasta que mi sueño, evocándolo, me trajo á la imaginación lo que creía ignorar.»

Respecto á la *vista de lo futuro*, que algunos hacen sinónima del dón profético, no es otra cosa sinó la manifestación de la extraordinaria actividad que el sueño provocado hace adquirir á ciertas potencias cognoscitivas, y tiene también analogías con hechos del sueño fisiológico y del sonambulismo espontáneo.

En efecto: el hombre goza de la facultad de prever, hasta cierto límite: con ella predice los hechos venideros que dimanan de las leyes invariables de la naturaleza, y áun *conjetura* con acierto algunos acon-

(1) *Revue des questions scientifiques de Bruxelles.* Oct. 1881. Ar. del Dr. Francotte.

tecimientos futuros que dependan del libre albedrío, con tal que hayan de intervenir en los sucesos y las circunstancias que les rodean. Pues bien: durante los estados sonambúlicos, y áun de sueño normal, las facultades intelectivas alcanzan grados que á veces no logran cuando los sujetos están despiertos. Lo prueban muchos ejemplos, entre los que tomo las siguientes citas al Dr. Francotte. Concibe soñando Tartini la famosa sonata que vanamente buscó despierto, y la escribe formándola con los recuerdos de dicho sueño. El ilustre matemático Laplace dice que muchas veces se formulaba problemas que al despertar encontraba resueltos. Condillac terminó durmiendo una meditación filosófica; Voltaire una oda, y Coleridge un fragmento de poema. El abate Barthelemy conoció á un discípulo, muy poco inteligente y sonámbulo, que cuando sufría un acceso mientras hacía una composición, la continuaba con tal superioridad, que era entonces el primero de la clase. El profesor Vachner de Goethinge cuenta que no le era posible componer versos griegos en estado normal, y que habiéndose propuesto inútilmente muchos días escribir una poesía en dicho idioma, lo consiguió con mucha facilidad en estado sonambúlico.

No extrañará, por tanto, que suceda lo mismo en el sueño provocado; esto es, que ciertas facultades del dormido, la de previsión entre otras, adquiera extraordinario alcance, y que profundice algunas veces al conjeturar los sucesos futuros de una manera notable (1).

(1) Ciertos fenómenos que algunos agrupan bajo los títulos de *lucidez* y *presciencia magnética*, pertenecen á otra categoría de sucesos, que no caben aquí, y que trataré luego.

Concluída esta brevísima reseña, podría excusar el examen de la cuestión que pregunta si Santa Teresa de Jesús sufrió ataques de sonambulismo espontáneo, y si estuvo sometida en alguna ocasión al sueño sonambúlico provocado; porque hay una razón bastante poderosa para eximirme de tal estudio.

Esta razón es, que no conozco escrito alguno en que se dé la más leve noticia de haber tenido la Santa un solo sueño durante el que practicara, ya sus quehaceres ordinarios, ya excursiones ó actos automáticos, ya trabajos ó composiciones literarias, ya, en fin, cualquier otro hecho propio de la neurosis antedicha. Menos todavía se halla en las narraciones de su vida, tan minuciosamente averiguada y publicada por propios y extraños, el más ligero indicio que haga pensar en la intervención de un hipnotizador ó magnetizador, ni de sus manipulaciones antiguas ó modernas.

Repito, pues, que hay motivo suficiente y razonado para prescindir del estudio comparativo en este punto. Mas ¿quién podrá señalar los límites más allá de los que se detendrá en el porvenir la desatentada é insensata lucha naturalista, que tantas y tantas aberraciones ha sostenido en el pasado y pretende sustentar en el presente?

Por si llega el caso, bueno será que recuerden mis lectores que los favores extáticos divinos que Santa Teresa gozó, se distinguen por completo de los fenómenos del sonambulismo, en sus causas, manifestaciones y efectos.

En cuanto á la causa, porque la unión amorosa mística es la que motiva las mercedes extáticas sobrenaturales, y un agente desconocido todavía el que

provoca, ya la neurosis no mejor estudiada que describí con el nombre de sonambulismo espontáneo, ya los fenómenos análogos que despiertan ciertas manipulaciones extrañas.

Difieren las manifestaciones, porque si los éxtasis y raptos místicos presentan los signos tantas veces repetidos, en el sonambulismo se observan sueños durante los que hay síntomas mezclados de histeria y catalepsia; pudiendo añadir que los fenómenos llamados fascinación, sugestión, etc., hacen mejor marcadas aún las diferencias que pueden establecerse.

Y en fin, de los efectos consecutivos diré: que en oposición á los notabilísimos que saben los lectores deja en pos de sí todo favor extático divino, el sonámbulo espontáneo una vez despierto nada recuerda, ni experimenta en la parte física y moral, y el hipnotizado, que ningunos resultados obtiene intelectiva ni moralmente, en la parte corporal presenta el cuadro siguiente que redactó el profesor Rostan y repiten hasta hoy todos los patólogos. «He visto al magnetismo, dice, producir malestar general, vivos dolores, cefalalgias tenaces, cardialgias violentas, parálisis transitorias, predisposición á todas las neurosis, excesiva fatiga, gran debilidad, aniquilamiento extremado, síntomas de asfixia, y no dudo que puede ocasionar hasta la muerte.»

En resumen: el éxtasis místico sobrenatural de Santa Teresa era un estado psicológico y fisiológico debido á la acción divina que ocasionaba excepcionales y muy extraordinarias actividades de las facultades superiores de su alma; y la causa de los fenómenos sonambúlicos es siempre una crisis nerviosa espontá-

nea ó provocada, diametralmente opuesta en naturaleza, manifestaciones y consecuencias. La equivocación de los naturalistas, ó su malicioso error, consiste más que en nada en presentar como actividades maravillosas y ordenadísimas de la inteligencia y la voluntad racionales, las excitaciones morbosas de la imaginación y de los sentidos, con todo su natural acompañamiento de fenómenos irregulares y más ó menos desordenados siempre, aunque sorprendentes alguna vez á primera vista.